





EL PRESIDENTE  
Y LA GEISHA



Miriam Baños

EL PRESIDENTE  
Y LA GEISHA



Primera edición: septiembre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miriam Baños

ISBN: 978-84-17961-62-6

ISBN digital: 978-84-17961-63-3

Depósito legal: M-29064-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi padre, quien conocía tan bien esas tierras  
orientales que siempre llevaba con él.  
Fueron y serán sus eternas imágenes.  
Brilla con luz propia  
como sus más altos rascacielos hasta el infinito.*





## PRÓLOGO

«Todos conocen su nombre. Todos creen conocer su historia».

«El último reto de un ambicioso inspector de policía fue llegar hasta ellas. Cuando lo consiguió, fracasó en su propósito. Quiso huir y fue en vano».

Primeramente, debo hacer mención a la autora, quien ha depositado en mí la responsabilidad y su total confianza al permitirme formar parte de *El presidente y la geisha*, en estas breves pero muy agradecidas líneas en lo que es el inicio de su obra, el preámbulo.

Respecto a la autora, hemos coincidido en varios gremios y su desenvoltura y trato con la gente permite adelantarte a sus pensamientos. Clásica y elegante en cuando a modos, moderna en cuanto a romper tendencias. Solo me cabe decir de ella que es una excelente profesional e inmejorable persona, con la que se empatiza de inmediato.

En cuanto al tema literario, no deja de sorprender su versatilidad, tan pronto nos sorprende con cercanos ensayos, basados en la literatura más exquisita, así como narradora de impecables historias, todas situadas en localizaciones y contextos tan lejanos como contrapuestos. Por toda esta versatilidad no se la podría encasillar en un ámbito concreto literario, aunque sí se puede asegurar que es fuera de lo común. De entre sus diversas iniciativas, destaca como uno de sus mayores objetivos la internacionalización y difusión de nuestras principales instituciones.

Centrándonos en la obra que nos ocupa, *El presidente y la geisha*, nos infiltraremos poderosamente en el continente asiático, que será el encuadre donde mayormente se desarrollará esta historia, con toques de una astuta Europa, representando España esas ansias de superación, de desenvoltura, así como una Francia siguiendo una línea totalmente ambiciosa.

Acoplaremos emplazamientos europeos a una corriente vertiginosamente en auge que en el apogeo de su fuerza, anexiona paisajes, gentes y costumbres a su estilo. Esta narración nos presenta diversos cambios acelerados en el proceder y estilo de sus personajes, en la que apunta una amplia capacidad de observación y un hondo sentido intuitivo. Se intenta relatar el vivir y el morir de una raza milenaria que aspira a evolucionar más aún si cabe, a pasos agigantados y, por ello, lucha y se desangra, pero que teme, al mismo tiempo, perder el sentido de su vida al separarse de la tierra donde permanece incólume la sustancia de su destino.

No muy a menudo se menciona a los dragones en la mitología japonesa como criaturas legendarias. No obstante, sí cabe mencionar la distintiva piedra de jade, asociada, en ocasiones a la figura del dragón.

El jade representativo en la pulsera que Nayara le regala a Sarai y que, por curiosas circunstancias, ahora lleva puesta la niña que conoce a Martin Le Brun en la estación de tren, al principio de la novela, provenía de un dragón, considerándolo como un dios más. Controla las aguas y los vientos, envía la lluvia benéfica y es símbolo de fecundidad. Cuéntese que antaño, dos dragones mantuvieron un gran combate hasta que ambos desaparecieron, dejando sólo una fértil espuma, de la que nacieron los descendientes y testigos de primera mano de gloriosas e innumerables dinastías. Así, los dragones han venido a ser considerados como los antecesores de una raza de héroes.

En cuanto al contexto, la novela se desarrolla principalmente en la capital japonesa, en Tokio, siendo la mayor ciudad del mundo, tanto en extensión superficial como en población. La ciudad tiene una estructura urbanística radiocéntrica, que, partiendo del Palacio del Emperador, el núcleo de la ciudad, se extiende hasta llegar a los arrabales exteriores.

Imponentes universidades y centenares de centros secundarios y de enseñanza primaria convierten a Tokio en el centro cultural más importante de Asia. Todo es grandioso en Tokio. El diario *Yomiuri Shimbun*, así como el *Asabi Shimbun*, por ejemplo, lanzan diariamente varios millones de ejemplares. Las fábricas tienden a extenderse, así como las zonas de viviendas, haciendo de la capital japonesa todo un referente en cuanto a su acelerado crecimiento y avance, siendo garantía de progreso y futuro.

BELTRÁN AZCÁRATE MENDOZA  
Historiador y traductor



## INTRODUCCIÓN

La novela es uno de los géneros que mejor refleja las inquietudes y preocupaciones sociales de algunos escritores. Expresión de lo social era en gran parte la novela del siglo XIX. El discurso de entrada en la Academia de Galdós se titulaba *La sociedad contemporánea como materia novelable*.

Haciendo un breve repaso de nuestra literatura más actual, de la nueva novela histórica, contemporánea o cualquiera que sea su estilo literario, cabe mencionar a Ortega, quien ejerce una gran influencia en los nuevos escritores: son más intelectuales. Quieren superar el personalismo, individualismo, neorromanticismo e irracionalismo anterior. Valores, ideas y conceptos son objeto de su búsqueda y esto influye en el estilo. La palabra vale más por su significación que por la resonancia que suscita. Los cambios que se producen internacionalmente, y sobre todo en Europa, repercuten en España muy pronto.

Pero la novela no solo ha de hacer una interpretación de la realidad, del mundo exterior, sino que debe ser coherente con las reglas que rigen su propio género. Frecuentemente se produce un desplazamiento del interés del escritor del referente, de la historia, al lenguaje, al discurso. Se origina una transformación del lenguaje, transformación o destrucción, por considerarlo arcaico o ejemplo de lo establecido, de lo tradicional que hay que romper y modernizar.

Si se hacen varias alusiones a diversos autores, de movimientos y estilos precedentes y tan diversos, es debido a la dicotomía en la que se encuentran los actuales autores. Por un lado, deben abrir

nuevos rumbos narrativos, crear novedosos géneros literarios, ser originales, innovadores. Los nuevos tiempos requieren de nuevos retos, historias, estilos narrativos, de todo lo que suponga innovación y renovación, pero sobre todo, aportación. El poder transmitir a los lectores la esencia de nuestras obras y hacer que calen en cada uno de ellos, únicos destinatarios de su contenido, así como el atrevimiento de pretender convertirnos en un referente para determinados lectores si no coetáneos, del futuro, supone todo un reto para el autor actual. Por otro lado, aunque no debemos anclarnos en el pasado, tampoco podemos obviarlo. Se debe continuar con las aportaciones y el legado de los «grandes», en sintonía con un público que desea encontrar en ellos la fascinación e interés que los primeros habían sido capaces de despertar.

Dado el grado de intelectualidad al que ha llegado la novela, ya no extrañan las digresiones del autor en cualquier momento. El estilo se hace más suelto y no falta la creación de palabras o la supresión de signos de puntuación que ha de poner el lector. Este ha de organizar también el rompecabezas temporal, muy complejo en algunas obras como *La casa verde* o *Conversación en La Catedral*, ambas de Vargas Llosa. El lector deja de ser pasivo y se convierte en coautor de la misma manera en que el espectador participa en el espectáculo narrativo.

Cada creador de historias, de diálogos, narrador o testigo de primera mano de sus propias obras, crea, a su vez, su propio mundo hecho de sensibilidad. La trama, el suceso característico de la novela, se diluye entre recuerdos, impresiones, impactantes sucesos. Es un contemplador que más que narrar, caracteriza y trata con extraordinaria sensibilidad a personajes de otras razas, culturas y nacionalidades. Tiene la particularidad de transmutar la realidad por muy cruel o veraz que sea. Su búsqueda de la perfección lo liga a otros estilos precedentes, aunque a veces se mantenga una actitud crítica y una aspiración a lo natural, con frecuentes denotaciones de grandes preocupaciones ideológicas, sociales o personales, ofreciéndonos a menudo una visión parcial de la realidad.

Hemos de adaptarnos, pues, a las nuevas tendencias y corrientes literarias actuales, en pleno siglo XXI, totalmente originales, innovadoras, rompedoras, transgresoras de normas y convencionalismos. Innovemos, aportemos y creemos.

Tanto un buen comunicador como un buen narrador deben transmitir algo más que sentimientos, realidad, ficción convertida en veracidad, contundencia y contrastes. De ese modo, se mantiene en vilo al lector tras cada página que pasamos.

Se pretende alcanzar con esta segunda obra, tras la edición de *Tan solo eran retratos*, una cierta familiaridad entre el autor-lector, entre el transmitente y destinatario, procurando alcanzar una obra espontánea y cálida basada en un sentimiento afectivo y natural que cale en sus lectores, comprendiendo la actitud de cada uno de los diversos personajes que presenta *El presidente y la geisha*.

*El presidente y la geisha* nos presenta el enfrentamiento entre civilización y barbarie a través de su personaje principal, Nayara Kurokawa, en medio de una nutrida y selecta sociedad nipona. La misma, intentará desafiar todo su refinamiento, con el contrapunto de su lado justiciero y menos cortés. A medida en que avanza la obra, la protagonista se engrandecerá a través de la celeridad de sus actos, reflejados bajo la contención y el silencio. Es un personaje que se debe a su público, al lector.

La mujer japonesa, representada por Nayara Kurokawa, goza de una justa fama de ser bella y delicada. Su lenguaje es cálido y fluido, con un leve ritmo musical que narra sus logros y desventuras. En ella se funden el espíritu de los tiempos modernos y las tradiciones inmortales. El espíritu del universo refinado y embaucador de las geishas la acompañará en toda la obra. Nayara representa a la atípica geisha, pues poseyendo todos los atributos característicos de esta, los personalizará, en ocasiones de modo demasiado intenso, en otras, demasiado sutil. Esta en dicha faceta, dispondrá de una libertad de la cual el resto no gozará, descubriendo que varias personalidades viven dentro de ella.

Si en *Tan solo eran retratos* veíamos que el sentimiento predominante era la progresión intelectual de sus personajes, alternada con la búsqueda de la libertad de decisión en pleno siglo XIX, en *El presidente y la geisha*, la revancha envuelta en medio de diversos intereses personales dará mucho de sí.

El vértigo, las luces y los rascacielos de un flamante Tokio serán el encuadre perfecto para ser testigo y cómplice de la trama de *El presidente y la geisha*. El enigmatismo y soberbio marco de la ciudad de Tokio nos marcará las pautas a seguir por una sociedad avanzada en tecnología, siendo pionera en diversos aspectos y ámbitos internacionales, destacando el enigmatismo de lo exótico, con gran proyección de futuro, convirtiéndose en un encuadre de referencia mundial.

La Cumbre es un punto clave en esta historia. Durante su transcurso, irán reapareciendo figuras del pasado de Nayara Kurokawa. La reacción de esta se encuentra en la esencia de la obra, ¡sigámosla! Su deseo de desafiar al tiempo y a la naturaleza humana viene marcado por su acelerado modo de vivir la vida con un desinterés total hacia el futuro. Solamente su presente le importa, pretende acelerarlo en búsqueda de sus principales objetivos. ¿Impulso vital o desazón?

En cuanto al personaje de Desiré Farnese, el *alter ego* y cómplice de Nayara Kurokawa, es destacable su figura en el plano cosmopolita que nos presenta el panorama actual español. En este caso, cabe hacer referencia a Antonio Machado, con su obra *Don Juan de Mairena*, actualizando en sus expresiones, el contexto actual: «Para nosotros, difundir y defender la cultura son una misma cosa: aumentar en el mundo el humano tesoro de conciencia vigilante». «Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está, de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas inagotables que no acabamos nunca de conocer. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes en España, Shakespeare en Inglaterra y Tolstói en Rusia». «Cuando penséis en



España, no olvidéis ni su historia ni su tradición, pero no creáis que la esencia española os la puede revelar el pasado. Esto es lo que suelen ignorar los historiadores. Un pueblo es siempre una empresa futura, un arco tendido hasta el mañana». «La patria — decía Juan de Mena— es, en España, un sentimiento sencillamente popular...»

Cabe destacar en esta obra la gran relevancia de la prensa a lo largo de su entramado. Anteriormente, se insertaban frecuentes edictos en que se instaba a alguien para que se presentase en comisaría. Como dijo Camilo José Cela, en cierta ocasión, «podía tratarse tanto de una fatal cuestión política como de un simple trámite referente a la documentación...» La incertidumbre de los personajes secundarios, nos ofrecerá un final «abierto» de esta obra.

Nuestra memoria es muy selectiva. Vivimos infinidad de eventos durante nuestra vida, sin embargo, recordamos con nitidez apenas algunas pocas decenas... Si la memoria decidió que esos eventos, sucedidos hace diez o más años, eran dignos de salvarse del olvido es porque resultan interesantes para nosotros, y si lo son para nosotros, seguramente lo serán para otros.

Creo tanto en todos y cada uno de los personajes que forman parte de *El presidente y la geisha*, que todos ellos viven dentro de mí, en sus lectores y destinatarios.

La frase perfecta para nuestra protagonista sería la de «Nunca des un mal paso para dar un buen golpe». Esta historia nos golpeará en su lectura con tanta contundencia que sentiremos la fuerza interior de Nayara, el deseo de asumir nuevos retos de Desiré y la sutileza en que Martin Le Brun intentará resolver toda esta trama.

La lectura, a medida en que avanza la progresión de Nayara, nos manifestará un salto importante en el tiempo con una narración progresiva, rápida y viva. Todo ello nos introduce en la celeridad por cómo lleva a cabo la acción Nayara Kurokawa.

La propuesta última, como autora, es que para domesticar lo salvaje, para que triunfe la civilización, la ley y el orden, de-

ben fundirse armónicamente estos principios con la naturaleza indómita.

La vida es un libro y yo estoy lista para el próximo capítulo. El paraíso nos espera.

MIRIAM BAÑOS  
Autora

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos,  
la edad de la sabiduría y también de la locura;  
la época de las creencias y de la incredulidad;  
la era de la luz y las tinieblas;  
la primavera de la esperanza  
y el invierno de la desesperación.  
Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada.

CHARLES DICKENS



# CAPÍTULO I

## LA BÚSQUEDA

Nada más descender del tren, sacó una vieja pulsera de su bolsillo. Siempre quiso saber a quién perteneció, pero nunca se atrevió a preguntarlo. Era la única prueba inocente y válida que guardaba de su último caso.

A su llegada a la estación, no había nadie esperándolo. Pocos sabían de su regreso a Madrid, no quedándole familiares a su alrededor y siendo sus amigos escasamente peculiares, la mayoría de ellos taciturnos y bastante reservados.

Tras andar con inseguros pasos por uno de los andenes, no sabía hacia dónde dirigirse. Mientras, el silbido del resto de ferrocarriles, así como de cualquier otra sensación de calor humano, desaparecía a su alrededor, sintiéndose en conjunción con dicho entorno. Parecía no estar en sus cabales, pero lo cierto era que no pensaba en sí mismo, sino en dos mujeres en particular. Pensaba en ellas a menudo. Las dejó libres cuando debió arrestarlas en su momento, habiendo sido ambas el principal objetivo de su última investigación. Llegar hasta ellas y detenerlas era una prioridad para sus superiores, quienes tenían un especial interés en dicho caso, llegando a ejercer una inquieta, agitada y, a la vez, misteriosa presión sobre él. Debía arrestarlas en cuanto recabara pruebas sustanciosas, habiendo sido testigo presencial de parte de algunos sucesos e indagaciones, pero no lo hizo. Las tuvo frente a él en numerosas ocasiones, sobre todo a una de ellas. Su debilidad por Desiré

Farnese le llevó a cometer sucesivos pasos en falso, respecto a los cuales aún hoy en día no se arrepentía.

Tras ellas, planeaba la sombra de graves delitos. Varias acusaciones las colocaron en el punto de mira del servicio secreto del gobierno francés. Tras el perfil de Nayara Kurokawa y de Desiré Farnese resonaban cargos de homicidio, falsedad documental y fraude, pero sobre todo pesaba uno que él perseguiría con más afán que los anteriores, el de la doble personalidad que ambas utilizaron la mayor parte de su vida.

No obstante, él no las veía tal cual las retrababan, dudando de la veracidad de los principales cargos que recaían sobre ellas.

Aquellas dos mujeres hacía tiempo que le quitarían el sueño, cada una a su modo.

El ya retirado inspector Le Brun pensó por unos instantes que se había equivocado de destino. Por muchas veces que regresara a Madrid, la ciudad no le proporcionaría las respuestas que venía buscando desde hacía muchísimos años, así como tampoco le descubriría los secretos que rodearían a Desiré Farnese. No valía la pena buscar entre resquicios de un pasado difuminado con el paso del tiempo. Todo ello solo permanecería patente en sus más próximos y a la vez alejados recuerdos.

Entonces, comprobó de nuevo que su billete arrugado ya de poco le servía; lo dobló y lo guardó en su bolsillo, junto con aquella pulsera que lo acompañaba a todas partes.

Las inmediaciones de la estación, tras dispersarse todos los viajeros hacia el exterior de la ciudad, se habían quedado en silencio, totalmente calmadas. Se marchó de allí con cortos e inseguros pasos. Sus ojos acuosos le impedían resguardar las escasas lágrimas que brotaban de su apagada mirada al no ver nada que lograrse captar su atención. El frío y la desabridez se adueñaron de su estado de ánimo.

Había mucho bullicio en las calles, contrastando con sus sentimientos. Fue entonces cuando se dio cuenta cómo su instinto policiaco ya hacía tiempo había desaparecido, tras dejar fluir su

lado más humano, habiendo sido durante su juventud un avisado inspector sediento de reconocimientos y de notoriedad; actitudes que tras conocer a Desiré Farnese desaparecieron por completo de su personalidad.

Entonces, sacando de nuevo su billete, pensó que tanto el destino como la hora de llegada no eran las correctas. Entre sus tribulaciones, se planteó si surgiría de nuevo otra oportunidad, otra ocasión para buscar un pretexto razonable para regresar a Madrid las veces que su instinto le guiase hacia allí, pero su instinto ya de nada le serviría...

Su silueta se reflejaba un tanto opaca bajo el liviano sol otoñal que cubría la estación, junto con el humo esparcido del último tren, del mismo que le dejó allí. Encendió un cigarrillo. Quería aglomerar en un instante la benevolencia que se desprendía de sus labios, fundiéndose con el vaho de aquella humareda aún presente en las vías.

El cielo empezaba a despejar las densas nubes que cubrían su campo de visión, ya no sujeto a su melancólica mirada.

De entre los diversos taxis que rodeaban el exterior de aquellas inmediaciones, destacaba un coche un tanto peculiar, pareciendo estar esperándolo. Dentro había una pareja junto con una niña pequeña sentada detrás. El hombre que estaba al volante, retaba a Le Brun cada vez que este dirigía su mirada hacia él. Aquello era su modo de dar una lección de humildad a aquel personaje altivo que se hallaba frente a ellos o por lo menos esa fue la impresión que le causó Le Brun al conductor del vehículo en un inicio. Aunque lo cierto era que le estaba lanzando una señal, pues le estaban esperando.

Martin Le Brun aventó sus maletas hacia aquel coche. De hecho, lo que verdaderamente odiaba eran aquellos envoltorios en los cuales guardaba sus pertenencias. Las maletas, un tanto anticuadas, se distinguían por los marbetes de diversos hoteles europeos y orientales por los que había pasado, sin haber quitado ninguno de ellos, ni tan siquiera disimulado. Pensaba que ya quedarían po-

cas maletas como las suyas; hacía tiempo, debió comprar otras, pero aquellos ribetes le recordaban su pasado. Arrastrándolas como pudo, llegó hasta el coche de aquel matrimonio, pensando que eran los únicos testigos de su pérdida de tiempo y de destino. El conductor bajó del coche, intercambiando ambas miradas de desconfianza y demasiado corteses, pues nunca se habían tratado previamente. El hombre se dirigió entonces hacia el ex inspector:

—¿Señor Le Brun? —Preguntó con amabilidad.

—Sí, ¡soy yo...! Discúlpeme, pero no le conozco...

—Yo sí le conozco, todos aquí lo conocen. Suba al auto, no hace falta que siga arrastrando su pesada carga... Le llevaré hasta la pensión de doña Margarita.

Aquel desconocido le ayudó a subir sus maletas al coche. Martín Le Brun se sentó junto a la niña. La misma, lo miraba con una tierna y familiar sonrisa, como si ya lo conociese, como si alguien le hubiese hablado de él...

Mientras se acercaban hasta la pensión de doña Margarita, el ya retirado inspector se preguntaba cuántas veces recorrió Desiré Farnese aquellas inmediateces desviando cualquier control policial y humano. Al conocerla, bajo la personalidad de Nayara Kurokawa, le siguió los pasos durante varios años pero ninguna de sus investigaciones consiguió llevarle hasta su paradero. Era más escurridiza de lo que todos pensaron. Desiré Farnese lograría burlar cualquier control burocrático y presencial, captando desde que la conoció, toda su atención. En un inicio, el inspector lo tomó como un reto profesional, posteriormente se convertiría en una obsesión personal.

Martín Le Brun metió su mano en el bolsillo y sacando de nuevo la pulsera que guardaba con tanto recelo, pensó que podía pertenecer a aquella niña que viajaba a su lado. Le reconfortaba pensar que así sería, pues si hallaba a quien pertenecía realmente, tendría la única respuesta que le faltaba confirmar.

Cuando al fin llegaron a la pensión de doña Margarita, Le Brun se alojó en la habitación en la que siempre solía hacerlo. Allí era



sobradamente conocido. Era su huésped más fiel. Siempre que viajaba a España, se hospedaba allí. Sus paredes aún olían a tabaco y a perfume.

Habían pasado muchos años desde que viajó por primera vez en busca de una mujer. Ella era su salvoconducto para la fama, encontrándose inmerso en uno de los casos que a la mayoría le hubiese encantado llevar a cabo por la ambición e interés que todo ello conllevaba, tanto a nivel personal como profesional. Suculentos ascensos y cuantías dinerarias muy elevadas eran más que razones por las que cualquiera hubiese asumido dicho reto; no obstante, él lo aceptó movido por un obcecado y estrictamente interés personal. Su nombre subiría como la espuma y recibiría el esperado reconocimiento a su carrera policial. Pese a todo ello, no esperaba fama alguna ni gloria y bien atestiguado lo dejó cuando, tras retirarse, obtuvo diversos reconocimientos, adquiriendo con ello, un gran renombre, convirtiéndose en todo un referente en su gremio. Era lo que había deseado durante toda su vida, pero al obtener las respuestas personales, ya no profesionales, que tanto buscaba, se derrumbó en sus apolvillados informes, dando carpetazo a todas sus investigaciones. Llegó hasta el fondo del que pasaría a formar parte como uno de los más controvertidos casos que se habían conocido y, tras mantener una intensa conversación con quien realmente lo contrató para seguir a aquella mujer, se alejó de todo lo relacionado con la vida pública.

Habían transcurrido bastante más de veinte años desde aquello y había regresado allí donde se inició el pacto entre ambas, sobre el cual guardaron silencio durante toda su vida. Se trataba de Nayara Kurokawa y de Desiré Farnese. Una le llevó hasta la otra y ambas fueron su principal objeto de investigación, a la que dedicó parte de su carrera, sobre todo en su última etapa, convirtiéndose en su mayor reto.

Varias víctimas, espacios controvertidos y sucesos atípicos rodearon sus investigaciones. Al encomendarle aquel caso, lo asumió con gran avaricia, la misma que le llevaría a descubrir, siendo

testigo de primera mano, sucesivas venganzas y manos enlodadas con sangre. Aunque lo peor fue descubrir que aquellas crueldades procedían de quienes lo contrataron. Entonces, se posicionó al lado de aquellas dos mujeres que, ultrajadas por acontecimientos pasados, desplegaron toda una serie de habilidades, haciéndose un gran y notable hueco entre la sociedad japonesa. Era el caso de Nayara Kurokawa, quien se abrió paso como la ejemplar y exitosa empresaria en la que se había convertido. Posteriormente, Desiré Farnese la suplantaría tanto en el ámbito público como en el privado. Su leyenda permanecería patente a viva voz y, a poca luz, como una fiera en la oscuridad, o por lo menos así se mantuvo.

La mujer que le hizo ganar su mayor caso y perder su alma, suplantó peligrosamente la identidad de la mujer oriental a la que tanto buscaba, ayudándola a hacer justicia por su propia mano. Mientras, en cuanto a la figura pública de Nayara Kurokawa, todos la admiraban notablemente, considerándola un ejemplo a seguir en cuanto a la gran mujer de sociedad y de negocios en la que se llegó a convertir.

Ambas dejaron atrás su pasado, bajo un objetivo en común y con una misma meta, la de tomarse la justicia por su propia cuenta.

Bien era cierto que a Nayara Kurokawa la movía su insaciable sed de venganza. Varios empresarios de renombre, funcionarios públicos y algún que otro alto cargo solamente fueron un aperitivo para aquella mujer que terminó con la estela de una red enlodada por varios crímenes de los cuales fueron víctima su propia familia, de entre otras.

Desiré Farnese se encontraba en otro contexto pero era igual de atrevida que aquella. Su instinto despertó desde el mismo momento en que conoció las actividades de su cómplice y amiga. Ambas se reflejaban en un mismo espejo, mostrando cada una, a su modo, sus habilidades. El enigmatismo y extravagancia de Nayara chocaba con el desparpajo y curiosidad de Desiré, quien alentada por la otra siguió toda una vida de descubrimiento interno y ajeno que la llevó a nutrirse y cultivarse en campos que para ella eran

completamente desconocidos. Intentar conocer en profundidad las mañas y el saber hacer de la geisha envuelta bajo varios velos, no era tarea fácil.

Nayara desplegaría posteriormente sus habilidades, más que sus encantos, en una flamante Europa, ennegrecida por la avaricia de unos cuantos seres sedientos de poder, seres a quien no le costaría desenmascarar, junto con la ayuda de la española, quien le tomó el relevo para terminar con una obra que ya de por sí era incapaz de seguir. Nayara seguiría el mismo gaje del oficio que desempeñaba en Tokio pero de modo más irrelevante, puesto que para ella desenvolverse ingeniosamente entre desconocidos era tarea de co-ser y cantar. Desiré, más adelante, terminaría con el cometido de su precursora. En un principio, se veía, aunque despierta, aún un poco torpe en la labor, pero se desahogaría a su manera, rompería con la fragilidad exquisita de aquella para incorporar a su plan unas artimañas que la geisha original siendo ya una mujer exitosa, no usaría, empleando medios más drásticos en cuanto a su ejecución.

La forastera, tal y como la llamaría Desiré, era mucho más meticulosa y exquisita en su proceder. Cualquier rasgo en ella era admirable. Una estela de cigarrillos delataría su presencia allá donde se encontrara. Nayara solía utilizar una sofisticada boquilla, no dejando huella ni en las innumerables colillas que desprendía a su alrededor. El tabaco y su lápiz de labios, el mismo que usaba Desiré, fueron lo único que la delató en su último escenario.

Regresando de sus pensamientos a la actualidad, Le Brun decidió poner en claro sus ideas. Varios años después había regresado a Madrid. Puede que hubiera sido mejor viajar hasta aquellos barracones que vieron crecer a la auténtica Nayara Kurokawa, a «Noun Sharatogha», la casa de las geishas donde se formó y aprendió sus mañas, o incluso hasta la casa de los Kurokawa, donde encontró la verdad, pero darse de bruces de nuevo con su propia investigación, le acarrearía recuerdos impropios de otra destemplada noche de otoño.